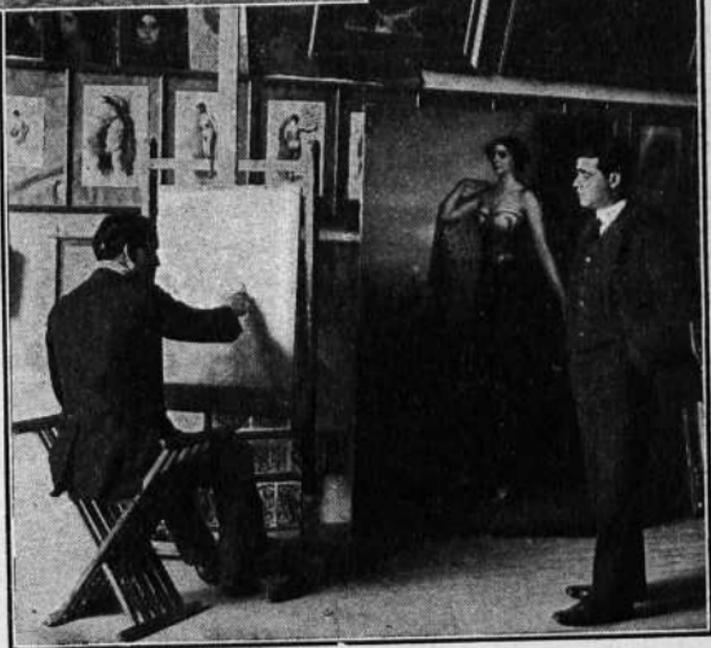




En el estudio
de
Romero de Torres.

Empezando
el
retrato.



CAPÍTULO XII

La casa del torero y el estudio del pintor. — «Machaco» dice...

Se sale del paseo del Gran Capitán, se tuerce á la derecha, se pasa la confitería de las *empanás*, se para uno frente á una casa, de señor andaluz, de dos pisos, de miradores blancos, zócalo rojo. Se entra en un amplio zaguán, en el que, tras una cancela blanca de calado primoroso, se deja ver un patio en donde el mármol brilla y en el que una fuente central deja caer, en gotas de rocío, el cristal de sus aguas sobre las amplias hojas de unas macetas de palmeras; resbala el tintineo del timbre en el silencio de aquella estancia reluciente, y, abriendo una ventana de una amplia galería de cristales, una juncal morena, que rompe la nota negra de su pelo azabache con rojo de claveles, se asoma inquisidora.

— ¿Vive aquí don Rafael González?

— Zí, zeñor; pase osté.

Los hierros de la puerta se abren en el misterio, como al conjuro de una clave; queda perplejo é indeciso, transpuesto ya el umbral, el que pregunta; se oye rumor de pasos. Estamos en la casa del matador de toros bravos, Rafael er «Machaquito».

— Ola, ¡tú por aquí! ¿Y usted? ¡Pasar, pasar!

Por una puerta, á la izquierda, entramos en el despacho del espada; somos los visitantes, Luis Bello, el literato madrileño, y yo, que en días de descanso, nos hemos ido á recorrer Andalucía.

El despacho del diestro es de una mezclanza pintoresca y exótica. Al lado de las obras de Galdós, los cuadros estadísticos de sus campañas con los toros..., junto á una estatua de Benlliure, un estoque torero. Hay en el centro una gran mesa de ministro; cerca, una enorme y complicada caja de caudales; sobre un sillón de cuero cordobés, clavada en la pared como trofeo de victoria, la rizosa cabeza de un toro negro y muy bien encornado; cerca de él, una moña vistosa y un par de banderillas. En el testero de la puerta, un fuerte trípode de roble sostiene el toro que modeló Benlliure en su «Estocá de la tarde». Sobre él, clavada en la pared, en marco de peluche, una plancha de plata, en la que hay, en un grabar artístico y perfecto, un capote de lujo, una montera de torero, un soberbio yacht de recreo y un lance de la lidia; en una cinta que el grabado parte, se lee muy claramente: «Los excursionistas del Laurak-bak, al matador de toros «Machaquito».

Chávarri, su multimillonario amigo, hizo grabar para el torero esa joya, en recuerdo de un brindis.

Frente á la puerta, una mesa de roble sostiene un fuerte armario de cristales, en el que están colgados los estoques toreros, las *espás de matar* de este famoso matador.

Al lado, en un estante, figuran las obras de Galdós, el insigne Maestro, regalo que en un día de ventura hizo á su amigo Rafaelito.

«Machaco», el reservado, el prudentísimo, el *asaura* en los corrillos de afición, én la paz de su hogar, en la intimidad de sus amigos, es jovial y dado á la broma y á la risa.

— José, tráete pacá una botella de Montilla, que le *vi* á echar una copa á estos *pelmasos*.

Y José corre, y de debajo de una escalera, que forma cámara-bodega, saca una botella con etiqueta «Machaquito», y el vino dora el cristal fino de las copas, y hay que beber antes de salir de aquel despacho.

— ¿Pa qué se va allí, si no...?

El *Bebe*, con su andar desigual, apoyada su pierna de goma en un bastón muleta, y asomando á su ancha carota de bondad una sonrisa amable, de cortés bienvenida, entra á dar la respuesta.

Bebe, el apoderado del torero, acude allí todas las mañanas, á las diez, después que se levanta y baña el matador, á despachar los asuntos de toros. Y hasta las doce, en que con una copilla pa el *ver-muth*, se despiden los dos, se pasa la mañana.

— Voy á enseñaros la casa...

En el patio de mármol, á la derecha, un extenso cuarto de baño, con arreglo al moderno *confort*, da allí la nota de limpieza: mármoles, azulejos, metales relucientes, estufas, duchas, sábanas raras, tocador...

— Es el cuarto que en más estima tengo.

Seguimos por el patio, bajo un palio de anchas hojas de palma; vamos á un patinillo clásico, muy andaluz; corren por las paredes los rosales de diminutas rosas blancas, jazmines, peonias; losetas rojas y relucientes adornan el losado; en los balconillos de un repecho de la galería alta, revientan, trepando por los hierros, los brotes de unas macetas de claveles; por una puerta que allí da, llega á nosotros el alegre piafar de potros andaluces.

— ¡*Mirar* qué jaca!

En los pesebres de una espaciosa cuadra, tres finos animales, de color alazano, muestran al visitante sus grupas anchas y redondas.

— «Romita», aparta...

Una jaca campera, que bracea pujante, cuando las piernas del torero ciñen sus lomos, camino de El Gato ó de la sierra, abre sus belfos húmedos, como en mueca de afecto; junto á ella, el tronco de alazanos (los cuales, en la jardinera ó en el landó, que en la cochera aparecen enfundados, repiquetean alegres sus colleras), alzan también sus ojos á su dueño.

— Son de Guerrero, ¿eh?

— Dos caballos muy fuertes.

— Y de automóvil, ¿qué?

—¿De automóvil? Qué desde que dí en Madrid la voltereta en el de Clemente Peláez, el día en que Santamarina y el *chauffeur* se rompieron las pier-nas, juré no tener más que caballos sueltos... ¡Tan-tos caballos juntos, son muy difíciles de conducir!

Volvemos al patio grande; subimos los peldaños de mármol; rodeamos por una amplia galería, llena de plantas y divanes, en cuyas paredes se ven óleos pequeños de toros que mató en fama Ra-fael, pintados por Juliá; detrás de cada cuadro está la historia reseñada: «Toro Fulano, del gana-dero Perengano, que mató «Machaquito», la tarde tantas de tal mes, de un volapié hasta el puño.» ¡Así, por cientos!

— La sala, el gabinete, la alcoba, el cuarto de los niños, el tocador de mi mujer, el comedor...

El lujo y el *confort* pone allí en todas partes las notas del buen gusto y de la distinción.

— Entrar, entrar...

Unos aparadores de tallado roble, severos y ele-gantes; unos sillones señoriales, la mesa enorme, recubierta con un tapete turco; sobre ella, una gran lámpara de bronce; la plata en la vajilla; cristal de Sevres en las copas; tapices orientales... Más que la mano de un hombre rudo, adinerado de impro-viso, parece que anduvo allí la de un hidalgo no-ble y refinado.

— Chico, ésta es la estancia de un nabad!

— También es pieza de mi agrado. ¡Angeles, los pequeños!

Una gentil señora, esbelta y arrogante, tiende

á nosotros, con cortesía exquisita, su mano fina y señoril. En brazos de dos sirvientas, con blancos delantales, dos lindas niñas de negros ojos adelantaban hacia nosotros sus bracitos.

Angelita y María, nenas de cinco años y de diez meses, respectivamente, que constituyen la sucesión de Rafael. ¡El niño!, ¡el heredero que se dejó en Madrid!...

— Y aquí, ¿qué vida llevas?

— Cuando estoy en Córdoba, que suelo estar muy poco, pues por lo general salgo al campo á cazar, me levanto temprano, me baño, despacho con el «Bebe», voy un ratillo al Club, almuerzo, salgo otro rato al Club, doy un paseo en coche, camino de la sierra, con mi mujer y los chiquillos; vuelvo, ceno, y me acuesto muy pronto, si no voy al teatro, ó á un *cine*, que suele suceder muy rara vez.

— Y ahora, ¿qué fincas tienes?

— Tres: El Gato, á tres leguas de aquí, un cazadero de primera; El Arenal, que también está cerca y que le tengo ahora arrendado, y La Huerta, con olivos, naranjos y hortalizas, cuyo aprovechamiento llevo yo.

— ¡Vaya!, que eres un desgraciado. ¿En el Banco tendrás seguramente más de 20 pesetas?

— Y algo más de un millón—afirma Pepe.

— ¡Vaya, zeñores, otra copiya pa abrir boca!

— No, ¡basta ya, por Dios! que si aquí se abre la boca con el vino, vamos á llevar á Madrid las mandíbulas deshechas.

— Entonces, si queréis, podemos ir á casa de Ro-

mero de Torres, que está jasiéndome un retrato, y charlaremos de camino. Tú, Curro, ten er coche enganchao, que *mos* vas á llevar á Córdoba la Vieja, jarzando!

Por las calles estrechas y pinas de Córdoba la mora, donde aún, tras las celosías de madera, destellan ojos negros; donde aún se ven plazuelas solitarias que guardan una columna pétreo, rematada en una cruz de hierro que alumbra un gran farol de aceite; donde aun los pasos del que por ellas quiere caminar matan, irreverentes, un silencio de casa inhabitada; donde entre las piedras que sirven de solado crece la hierba libre, bajamos á *ca e Don Julio*, como llaman en Córdoba al estudio-museo en que habita el Greco cordobés, uno de los pintores españoles de más *tronío* en esta época.

Es el Museo de Córdoba, que dirige D. Enrique Romero, hermano de *Don Julio*; una vetusta casa solariega que habla aún, en los escudos tallados en la piedra de su fachada señorial, de aquellos castellanos que conquistaron al sarraceno la ciudad. Pasando por dos patios extensos, en que los arriates están llenos de plantas, y en uno de ellos un aljibe marca la huella mora, con su puente de hierro, se llega á un gran jardín, el verjel de aquel palacio, en el que los naranjos, los limoneros, los rosales crecen sin línea fija, aromando el ambiente, y en el que un estanque central, tapizado de begonias, jazmines y madroñeras, deja correr en él el agua clara de un regato, que de una alberca viene.

Julio Romero, el artista genial, que de no ser pintor por temperamento y afición, fuera torero, llega á nosotros, ceñida su chaquetilla semicorta, echando atrás, con gitano postín, su sombrerillo de alas anchas.

—A los güenos días, zeñores.

—¿Quién es aquí el flamenco?

Se habla y se discute de toros.

«Machaco» está en día de confidencias: habla, y cuanto piensa sale de sus labios sin fingimiento alguno.

—¿Que cómo mato yo? No zé bien, ni yo pueo explicar cómo lo hago; lo que yo zé es que mato igua que *er* primer día. Me ze cuadra la res, me pongo en el centro der testú, procuro fijarla en la muleta pa que baje la cara y que descubra el sitio donde meter la espá; arranco rápido hacia ella, no mirando na más que ar morrillo; adelanto el pico de la muleta como pa pinchar con el palo de ella el hocico der toro, meto la espá y sargo de la suerte... es decir, argunas veces, no pueo pasá, pue el pitón me tropieza y viene la voltereta ó el rasguño. ¡Los pitones, que por no pasar too lo aprisa que debía, me han tropesao en er pecho!

—¿Y eso del paso atrás?

—Ezo no es tranquillo ni es ná; ezo lo hice yo desde er primer día; como zoy bajo de estatura y tenía que mandar fuerza pa irme de la cara, hecho atrás el pie (medio paso como veis) y me apoyo en er pa adquirir velocidad. Yo me arranco zobre corto y hecho la pierna á atrás, ¿no es iguá

que si me arrancase más largo, de onde marco el medio paso, y empujara pa adelante?

Yo he matao argunas veces procurando no échar el paso atrás, y cuantas veces lo intenté, me trompicaron los toros, porque iba demasio despacio.

—¿Y qué toros te gustan á tí más?

—A mí los toros que sean mu pastueños. No me importa tener que hacer yo mucho por matar; eso que dicen otros que es cosa mu difícil, lo encuentro yo mu fácil. A mí el toro que me deje colocar, es mío; en cambio, el que cabecea ó no se para, estoy perdido.

—¿Y eso del descabello?

—Ezo es de lo más fácil que yo he visto; yéndose al mataero, y ensayándose un poco, pue uno matar, sin exponerse, toos los toros que sargan. No teniendo que pasar der pitón, todas las suertes son fáciles, y en ésta sí pué llamarse suerte; ¡está uno á dos metros!

—En lo que te he visto siempre flojo, ha sido en las estocadas de recurso, á la media vuelta...

—¿Tú crees que me las hubiesen permitido? Mira, en lo único que yo he jecho mal, ha sío en lo de no practicar eso der resibí; yo que juego bien la muleta, he debío intentarlo, pero, ¿qué quieres...? me paecía más lucío y mejor er volapié... recibiendo no se puen dar estocás por too lo alto... Tié que atravesarse muchos toros, y yo me creía y creo que en er toreo es mucho más difisil eso del *toro voy* á lo del *toro ven*.

—¿De modo que eso del volapié?...

— Aquí es donde yo creo que está toa la verdad der toreo; pa matar bien en esa suerte, es nesario pasar rosando los pitones, sarvando los derrotes por ligereza, y aquí es donde te sueles ver clavao; toreando ves siempre la manera de librar el embroque, aun cuando argunas veces no se libre; matando, hay muchas ocasiones en que se ve la mar de claro que no se va á librar. ¡Y zi vieras tú, el trabajo que cuesta en esas ocasiones ir pa alante!

Donde me gusta más matar, es en la suerte natural. Ahí los toros están en su terreno y no tienen querencias. En la suerte contraria, que es la que necesitan los *espás* que quieren que los toros hagan mucho por ellos, yo mato pocas reses, porque *sa menesté* alás pa irse.

— A mí, donde me gusta menos éste, es con el capote; toreando por verónicas—asegura Romero, marcando un lance clásico ante una linda macteta de claveles.

— Como que nunca le he tenío yo afición á torear así—dice «Machaco»—Yo creo que esa suerte de capa, que es sólo cosa pa lucirse, sólo se debe hasé con los toros boyantes y que sargan con pies, no á toas horas, como se estila en estos tiempos; y creo que sólo deben dar esos lances los que dominan esa especialidá, como le pasaba á «Carancha», según man dicho, ó á Cayetano Sanz, ó como le pasa ahora á un par de compañeros míos; los demás, con pararles los pies como podamos, al avío; en cambio, en quites me ha gustao variar y

he procurao aprender á *jacerlos* distintos, porque aquí sí que en toos los momentos *tié* que torear bien un mataor, pa llevarse á los toros y dejarlos en suerte; en esto sí que está toa la gracia der tercio.

— Oye, vamos á ver, ¿qué opinas tú de eso de suprimir las banderillas?

— Que de haserlo, se debe *hasé* sólo en los toros difíciles, en esos que achuchan y cortan el terreno, porque cada vez que un banderillero entra, aprenden y ven por dónde se ha salío. En cambio, con lós toros nobles no hay cuidao, y esa suerte es una suerte mu bonita pa suprimirla así de gorpe; á mí me ha gustao mucho y he llegao á banderillar regulá; me gusta más er cambio porque lo encuentro más lusío, pero comprendo que llegar bien á la cara y levantar los brazos tie más mérito. Fuentes en eso fué un fenómeno.

— ¿Y eso de torear con los pies juntos?

— Con los pies juntos no se hace bien, más que la instrucción de los sordaos. Un pase de ¡vaya osté con Dios! bueno; pero ar segundo, como no sea una bala el animal, se da, er que quiera torear así, er primer cachapazo.

— ¿Cuál es de todos los toreros actuales, el que te gusta más?

— De los que yo he conosío en mi época, el más completo, el que mejor ha toreado, según yo veo er toreo, ha sío Ricardo «Bomba».

— ¿Y matador?

— Matando me han gustao muchos; don Luis,

er primero, Emilio «Bomba», Fuentes, José «Argabeño», Pastor... Y no preguntes más, que ni está bien que yo hable de mis compañeros, ni estoy yo entreao de *publiquito*; en la plaza yo no me fijo, por regla generá, más que en er toro, que es lo que á mí me tiene cuenta.

A los toreros los veo solamente en la *reunión*... y en reunión ya sabes tú que toos somos güenos muchachos.

— ¡Gracioso...!

— ¡Fuera!

— ¡A la cárcel!

— No ha sío pa tanto, ¡cabayeros!

— Una pregunta última: ¿qué picador te ha hecho á tí más avío?

— A mí, Molina; ese era un picaó de cuerpo entero; sin despresiar «Zuro».

— ¿Y qué espadas te gustan más?

— Las más ligeras.

— Oye, ¿eres supersticioso?

— No; únicamente no quiero hacerme trajos coloraos y oro porque de novillero tuve uno y las dos tardes que salí con él me dieron dos cornás. No ze á quién le oí desí que ezo eran *trajes de muleta*, y no me gorrí á jasé ninguno, por zi acazo.

— ¿Qué político te gusta más?

— Gardós,

— ¿Y literato?

— Gardós, hombre.

— ¿Y periodista?

— ¡Gardós! Y no preguntes más, que mas sacao der cuerpo más palabras seguías, que he dicho desde que por primera ve llamé á mi mamá, hasta hace media hora.

«Machaco» calla, y en un suspiro hondo, su pecho ensancha á la alegría de verse libre del suplicio oratorio, en que le hemos tenido. Luis Bello, genial comentarista, afirma pesaroso:

— ¡Qué lástima, caramba! ¡Lo interesante que hubiera sido una interviú con éste sobre el problema de la aviación, ó sobre los efectos del radium!

Romero de Torres, sentado al borde del estanque, en torera apostura, como un espada aguarda en el estribo de la barrera la salida del toro, dice complementario:

— Ha estao éste hoy de explísito como no le he visto en mi vida; pero lo que á él le falta que desí, lo voy á desí yo: Es más reservao que un cuartito de Fornos; le gusta que beban los amigos, pero él no bebe media caña; no juega mas que á la Aduana... si pué pasar algo por la frontera cuando torea en Francia; paese que tiene más conchas que un galápago agüelo y es más infeliz que una rosquilla tonta; tiene pocos amigos por su carácter concentrado, pero los que tiene son buenos.

— Y eso ¿á quién se lo cuentas?

— Y eso ¿á quién se lo dices?

— ¡Ah! ¿Lo sabíais too? Entonces no digo más.

— ¿Lo ves? ¡Ya te han echao al corral la relación!

Entonses, vamos á pintar.

Aquella tarde, el pincel del Maestro cordobés dió los primeros toques en ese cuadro que, en el año que corre, fué admirado en nuestra Exposición de Bellas Artes, y que lleva por título Rafael González «Machaquito».

Días después, al oír yo que cierto filósofo de pan llevar recorría las poblaciones, en la época en que convidaba en ellas la estación, por rara coincidencia, para despotricar contra la fiesta de los toros, á la que no concedía concepto alguno de belleza y arte, pedí yo al pintor cordobés un juicio de su impresión de artista sobre el modo de torear y matar toros de «Machaquito», y sobre su figura como línea, y he aquí su respuesta:

El querido amigo Gillis me pide una impresión acerca de «Machaquito», por ser yo su paisano y amigo; ahí va:

«Machaquito» es el torero más emocionante que he conocido; no da una emoción de serenidad helénica como Lagartijo, ni aquella de asombro ante las perfecciones tan generales de Guerrita; pero sí da una emoción extraña y contraria, trágica y alegre de acometividad y gentileza.

Toda esa acometividad está concentrada en el momento de matar, porque «Machaco», á pesar de que torea y banderillea con esa guapeza innata en él, en la suerte suprema es donde se crece y se transforma; tantea al toro con un desplante de romance, de una altivez retadora

y con una sonrisa que hace dibujar en sus labios un filo de cosa trágica; y á partir de ese momento se aísla de cuanto le rodea. Con gran testarudez y una obsesión enorme, empieza la lucha cuerpo á cuerpo; muy de cerca, da idea de que no es posible separarlos, como si los aprisionara una red; hay momentos en que no se ve que son un hombre y una fiera; parece que todo es uno y lo mismo; y es que como en los duelos serios, el terreno perdido lo recobra inmediatamente. «Machaco» no es un torero que espera, es un torero que avanza; no esquiva; busca; y como en esa acometividad lleva siempre jugada la vida, por eso es el torero que ha sacudido más fuertemente los nervios de los muchedumbres. Por otro lado, «Machaco», en la parte de actor que tiene el torero, en esos pases apretadísimos que prodiga, algunas veces adopta gestos verdaderamente gallardos y estatuarios.

Para decir lo que es «Machaco» con relación á otros toreros, podríamos buscar representaciones artísticas, culminantes, claro está que salvando las distancias para no enfadar demasiado á los espíritus *serios*; y en ese caso yo diría que Lagartijo es el auriga de Delfos; Guerrita, el Moisés de Miguel Angel; Machaco, El fusilamiento de Goya; las tres grandes figuras cordobesas de nuestra fiesta, y por ese orden de prestigio. Lagartijo es el arte griego, arcaico, todo belleza y gracia, fuente de todo; «Guerra» es el renacimiento, arte y sabiduría; «Machaco» es un caso aislado, *un temperamento*, es la energía designada de Goya, y como éste, el último de una dinastía.

En «Machaco» también se justifica la idea, por muchos sostenida, de que los toreros tienen que ser de *Despeñaperros para abajo*.

En Andalucía se dan toreros malos, pero solamente de Andalucía salieron los pocos toreros que han sido verdaderamente personales, maestros que crearon orientaciones y escuelas.

Fuera de Andalucía ha habido también grandes toreros; pero á todos les ha faltado algo, *un algo*. Y aquí podría aplicarse aquella famosa frase de Mirabeau, cuando en los estados Generales, dirigiéndose á un orador célebre de su época, le decía: «En vano intentas conmover á la Cámara... ¡Te falta la divinidad!

J. ROMERO DE TORRES.»

*
* *

!Las ruinas de Medina Zahara! En la mitad de una pendiente ladera poblada de matas de monte bajo, dominando los verdes prados de Córdoba la Vieja; sobre la prolongación de unas murallas, cuyos sillares pétreos marcan la huella definida de una ciudad enterrada; teniendo por espaldar una sierra florida, llena de casas blancas; entre olivos, limoneros y naranjos, y por punto de mira hacia la lejanía en que la sombra avanza, la moderna ciudad, cuya maravillosa *Zeca*, muestra, como queriendo alancear el cielo azul, que titila en estrellas tempraneras, las agujas finísimas de sus gallardos minaretes; abren otra vez, á la luz del sol claro andaluz, las estancias suntuosas de un pala-

cio de ensueño, que un sultán dadivoso hizo templo de amor para su favorita, y que, para que no llegase á profanarlo la planta de un cristiano, dió á la tierra del monte para que se lo tragase por los años de los años...

Es el palacio de Medina, que el califa Abderramán I hizo allí alzar para la bella Azahara, que fué quemado y enterrado al huir de la ciudad los sarracenos, y que ahora, notables arqueólogos están desenterrando y reconstituyendo.

Por los solados de finos azulejos, cuyos vivos colores no borraron las llamas ni la tierra, por las arcadas cuyos primorosísimos capiteles el tiempo no pudo destruir, paseamos curiosos, comprobando las artes de otros siglos, Bello, «Machaco» y yo.

Abajo, hacia el final, en que las largas cercas se entrelazan, un albo caserío rompe la nota verde de un enorme rectángulo.

— Mira, allí tienes la casa de Córdoba la vieja. Allí vino á curarse y se murió el pobre Rafaelito.

Rafaelito fué aquel Rafael Molina, «Lagartijo II», su hermano en el arte del toreo.

— ¡Ese si que fué esensia toreando!

Como en una oración postrera, monte abajo, hasta llegar á las paredes blancas, que encerraron en tardes de agonía el cuerpo destrozado del malogrado compañero, fueron esas palabras de «Machaco», primero siempre en reconocer méritos:

— ¿Te acuerdas cuántas veces quisieron enemistaros?

— Sí que es verdad...

Por el pensar de Rafael, pasaron aquellos días de dudas y recelos, en que esos partidarios oficiosos, propicios siempre á todo enredo, á todo chisme de comadre, decían á su oído injurias falsas, traiciones mentirosas.

Sólo dos de los íntimos pusieron siempre empeño en que el cariño fraternal no se rompiera: don Braulio Alonso, por parte de Molina; Andrés Fernández, por parte de González.

— ¿Pero vais á hacer caso de cuentos y de envidias? Sois dos hermanos y como hermanos teneis que amaros siempre.

Y en la plaza «Machaco», cuando con Rafaelito toreaba, florecía en su cariño á él y peleaba á su lado con denuedo.

— Rafaelito, anda, aprieta, que la cosa va güena.

Y Rafaelito, enfermo, destrozado su pecho por un terrible mal que le minaba, sin fuerzas casi, tenía una sacudida de león, sonreía á «Machaco», y hacía una de esas faenas estupendas, que hicieron en sus recuerdos exclamar á los aficionados, comentando aquella apatía, á la que, hasta el año antes de morir, no se le dió su nombre verdadero.

— ¡El día en que Rafaelito quiere...!

El 8 de Abril de 1910 murió aquel Lagartijo que, con «Machaco», dió á Córdoba la supremacía torera de su época.

En este libro de recuerdos, el tributado á la memoria del compañero infortunado hace aquí ofrenda á una amistad sincera.

«Machaquito» pudo, en las pasiones de la vida, alejarse algún día, en círculos taurinos, de su hermano. ¡Jamás en el redondel de una plaza de toros! Pero su corazón puso siempre en sus labios esta frase:

— ¡Rafaelito era muy güeno en too!...

CAPÍTULO XIII

Los amigos de «Machaquito».--En casa de Galdós.—El Padrino y «Faelita».

En los desmontes del barrio de Pozas, de Madrid, antesala de esa Moncla primorosa, pulmón de nuestra villa y corte, se alza desde hace poco un palacete moro, que inauguró una calle, abierta, con los cimientos de la casa en cuestión, al tránsito de una moderna urbe.

Hay un alto tapial, que deja ver ojivas de estrechos ventanales. Una puerta maciza, de un verde algo subido, abre paso á un jardín pequeño y bien cuidado; sobre la puerta, un castellano escudo en azulejos pone el lema atrevido, que fué divisa celebrada: «Tanto monta, monta tanto...» No dice más la piedra. Quien vive allí tocó, como el que más tocara, las cumbres del genio creador. ¡Tanto monta!...

La casa, tras escalar muy pocos tramos de esca

lones, se abre por una puerta bronceada, reme-
do exacto de la famosa puerta del Perdón, que en
la Mezquita cordobesa gira sus hojas á la admi-
ración de quien por ellas entra, á una amplia es-
tancia, en la que una escalera que á las habitacio-
nes altas conduce, forma, en un ancho recodo, allá
en el fondo, uno de esos patios mallorquines en el
que encómodas mecedoras se pasan las veladas mu-
sicales. Hay en él un piano, y sobre éste, una mas-
carilla y un retrato de Beethoven. El genio musi-
cal tiene aquí, en esta casa, creyentes fervorosos.

Entrando á la derecha hay una extensa vitrina;
grabada en su testero está esta sabia máxima:
«Parva propria magna .. Magna alinea parva.»

Dentro de ella hay libros con gran esmero en-
cuadernados; en sus pastas se lee, entre dorados:
*Frü Perfecta, Zaragossa, Le Roman de Sœur
Marcel.*

Son las traducciones á lenguas extranjeras de
las obras completas de Galdós. ¡Estamos en la
casa de D. Benito el Unico!

Frente á esta estantería, tras de cuyos cristales
se ven también un retrato de Maura, con amistosa
dedicatoria; otro de María Guerrero, otro de la
Bremón, y algunos más; de Palacio Valdés, de
actores y de artistas: hay una estrecha puertecita,
sobre la que al óleo, se ve pintado el busto maca-
reno de un torero moderno, echado al hombro, so-
bre su áurea chaquetilla, un capote bordado. Es el
retrato de «Machaquito» el Bravo; la puertecilla
abre el despacho del Maestro.

Junto á un óleo de una gentil doncella de blonda cabellera, que cae en rizosos bucles sobre los encajes finísimos de su vestido blanco, y que posa las azucenas de sus manos en las cuerdas de un arpa, está colgado el de una niña morena, de ojos negros y grandes, y rasgos parecidos á los que trazara el pintor en el retrato del torero.

Entramos en el despacho del maestro; la austeridad del genio impera allí.

Una mesa pupitre, de madera de pino, sin el más leve adorno; sobre ella los héroes galdiosanos surgieron á la vida, se hicieron inmortales. Sobre ella, un buen pedazo de nuestra Historia patria tomó forma. El buen día en que yo, peregrino de la literatura, penetro en este santuario, la sabia Mariclio acaba de orientar al historiador Tito en los resbaladizos pasos de la política moderna.

Una butaca cómoda, que cerca de la mesa dió reposo en tardes de angustias infinitas, cuando la luz huía de los ojos del sabio, á su cuerpo, rebelde al peso de la cruel enfermedad; dos enormes estantes, de madera de pino, sencillísimos, abarrotados de libros dedicados, en los que juntan sus firmas los nombres más modestos con los más prestigiosos, ¡el maestro no desdeñó jamás libro ninguno!, forman todo el ajuar de aquella pieza, la más respetada de la casa.

En ésta vive Galdós con sus hermanos y su sobrino D. José Hurtado de Mendoza, alma de un hombre bueno en cuerpo gigante, padre, en resumen de afectos, de nuestro héroe «Machaquito».

Con ellos vive en la casa la niña del retrato, una chiquilla morenucha de grandes ojos negros, en la que adoran todos y por la que se siente simpatía vivísima apenas se la habla.

Faelita, que así llaman á la niña, disminuyendo el nombre que legara el patrón cordobés San Rafael, tiene ahora diez años, y es el pajarillo que alegra con sus trinos la seriedad de aquel rincón de sabios, de aquella jaula de filósofos y poetas.

Don Benito y don José no viven sin la niña.

—Faelita, ven, que te voy á hacer unos dibujos.

—Faelita, toca un poco al piano.

Esta niña de talento precoz, toca el piano con tal delicadeza, que su almita de artista interpreta á los clásicos con rara perfección.

D. José lee muchos días con ella, á cuatro manos, las sinfonías de Behetoven, el músico poeta. El maestro le cuenta los argumentos de sus obras y la lleva á que presencie los ensayos.

—Qué, ¿te gusta esto que pasa aquí?—la pregunta don Benito á lo mejor, saliendo del escenario á las butacas, en donde Faelita con don José presencia la representación. Si por casualidad la niña contesta negativamente, don Benito piensa en el acto reformar las escenas.

—¡El público, la masa, tiene gusto infantil!

En esta familia ilustre encontró «Machaquito» los lazos de cariño que le prestaron sombra en sus primeros pasos de mozuelo obscuro, sin nombre, sin consideración social.

Sin el afecto ni el recto aconsejar de un padre,

presintió á don José. Cuando le conoció una tarde de su primer año de novillero, allá en el Sardineño de Santander, le pareció que ya era un amigo antiguo.

Don José, por otra parte, hombre de estudios, muy recogido en sí, poco aficionado á los toros y á toda fiesta de bullicio, tuvo tan buena impresión del torerillo; le conmovieron tanto sus hechos y sus cuitas, que amó en él el hijo que no tenía.

Desde entonces, fué el consejero del chicuelo valiente, su amigo, su hombre de confianza y le apadrinó en todas sus aventuras y tomó parte en sus pesares, y saboreó con él los triunfos y alegrías.

Pocos días después de conocerle, le presentó á su tío en el hotel «San Quintín», que el ilustre escritor tiene en el Sardinero.

Don Benito, poco aficionado al espectáculo tau-rino y admirador de toda destreza corporal, creía ver en el torero al hombre atlético, rudo, sin sensibilidad, y con la fiereza necesaria para luchar cara á cara con los toros salvajes; á los resueltos y viriles chisperos de su «2 de Mayo», corregidos y aumentados en frialdad de alma, y brusquedad de carácter.

Aquí te presento—le dijo su sobrino—á «Machaquito», ese valiente matador, cuyas hazañas relatan todos los días los periódicos.

«Machaquito», cortado, balbuciente, dándole vueltas en sus manos á su sombrero ancho, sólo pudo decir:

— Pa zervirle.

Don Benito no lo podía creer; aquel chicuelo tímido, pequeñito, sin fuerzas aparentes para alzar un bastón, ¿era el mismo que vencía á los terribles toros de enorme corpulencia y de fiereza imponente? ¡qué cosas se veían!

Después, cuando le trató á fondo y conoció sus rectos sentimientos, Pérez Galdós, el bondadoso, el afable, tuvo para el torero una amistad sincera.

Desde entonces, en el hogar del Maestro entraron aires toreros.

Don José tenía cartas de empresas, recibía partes, resúmenes de las corridas toreadas, intervenía en los asuntos íntimos, recopilaba los datos que le servían para hacer el resumen de todas las temporadas (los que por amabilidad suya me han servido á mí para este libro). Victoriano Moreno, el escudero afortunado del insigne escritor, gran *amateur* fotográfico, se pasaba los días revelando pruebas de las faenas de Rafael, y hasta Pablo Nougués, el secretario fiel, hablaba algunas veces de estocadas en tablas y pares al cuarteo.

— Don Benito, mire usted lo que dice este periódico: que «Machaquito» ha dado un pase de rodillas colosal.

Y don Benito respondía, admirado.

— ¿Ha visto usted, Pablito, qué intrepidez de hombre?

A pesar de todas las proezas que á oídos del Maestre llegaban como realizadas por Rafael, Galdós no le había visto aún torear.

— Hombre, es necesario que vayas á ver á Rafaelito.

— No, no, pasaría muy mal rato.

— Don Benito, yo quería que fuea osté á verme matá, le dijo un día Rafael.

— Ya, ya iré, cuando termine el trabajo que ahora tengo.

Era inútil: á don Benito no se le podía hacer ir á los toros; un día, en el gran Hotel del Sardinero, se reunieron á comer don José Hurtado de Mendoza, don José Estrañi, pacotillero famosísimo, *El Barquero*, crítico taurino y «Machaquito».

De aquella comida íntima salió una especie de conjura para hacer ir á don Benito á una corrida un día en que torease Rafael.

Estrañi quedó encargado de la importantísima misión y cumplió su cometido con tal acierto que, que al día siguiente, don Benito y Estrañi ocupaban unas talanqueras del 1 en la alegre Plaza de Toros de Santander.

En la conjura hubo un segundo enredo; «Machaquito» había de brindar un toro al ilustre escritor, y éste, como es costumbre, debía hacerle un regalo.

El regalo se compró y á don Benito no se le dijo una palabra del asunto.

¡ Si él sabe lo que iba á pasar, no va á la plaza!

Llegó el segundo toro de Rafael; éste cogió los trastos y se fué hacia el sitio que ocupaba Galdós.

— ¿Adónde viene ese muchacho?

— A brindarle á usted, D. Benito.

— ¡Pero hombre! ¿Y qué hay que hacer?

— Ponerse en pie y saludar.

«Machaquito», cuadrado ante Galdós, empezó á recordar una cuarteta que le había escrito Estrañi: no se acordaba bien, tartamudeó un poco, y cortó por lo sano.

— ¡Vaya por usted y por los güenos aficionados!

Se metió entre los pitones de la res, hizo una faena de las suyas y la coronó con una estocada, de las suyas también.

¡A tal señor...!

La ovación surgió imponente.

— D. Benito, tírele usted esto á Rafael—dijo el periodista, entregándole una cajita.

— Y ¿qué es esto?

— Ya lo verá usted luego.

Cuando el público pidió ver el regalo, se enteró D. Benito de que había enviado al matador una preciosa pitillera con su firma y su úbrica en relieves de oro...

Otro día, «Machaco» fué á vestirse de torero á la casa de D. Benito, en Madrid.

Fué el mismo día en que murió en la Corte su hospedera, la popular doña Gregoria. El cadáver saldría de la casa á la misma hora en que debían salir para la plaza los toreros, y, por no profanar con sus trajes brillantes el luto de aquel entierro, Rafael se fué á casa de su padrino. Galdós, cuando empezó á vestirse el diestro, entró en la habitación.

— ¡Caramba, qué traje tan pesado! ¡Y qué complicado es todo esto!

— Dime, Rafael, ¿tú no has sentido nunca miedo á los toros?

— Zi, zeño; algunas veses. Sobre tó, si ma tocao en er sorteo uno de esos miuras que tien los cuernos acaramelaos.

— ¿Cómo acaramelados?

— Zi, zeño; con las puntas asin, tirando al coló caramelo.

Aquella tarde, D. Benito paseaba por la calle de Alcalá cuando la gente salía de los toros. Entre los peatones que por los andenes laterales caminaban se encontró mano á mano con López Pinillos, el castizo escritor.

— ¿De dónde viene?

— De los toros.

— ¿Estuvo bien «Machaquito»?

— ¡Admirable, D. Benito! ¡Admirable!

— Y diga usted, amigo «Parmeno», ¿le tocó por casualidad algún toro con los cuernos acaramelados?...

«Machaquito» sigue teniendo en casa del Maestro afectos entrañables.

Cuando regresa de luchar en las plazas y pasa por Madrid, permanece en ella gran parte de sus horas, contando á su padrino sus cuitas y aventuras, pidiendo su consejo, escuchando á la niña sus sonatas... «Machaco» tiene distribuidos sus afectos entre la alegre casa cordobesa y este hotelito moro...

El aficionado que fuera á saludar á «Machaquito» en sus primeros años de matador, después de la corrida, en el momento en que el diestro, rendido y fatigado, reposaba, en el lecho, del cansancio de la dura pelea de los toros, comentando los lances de la lidia con el sin fin de amigos partidarios que llenaban la alcoba y gabinete (los días sobre todo en que el éxito era franco), que suele habitar en un hotel, habría observado á buen seguro que mientras un señor de rostro de bondad y correctísimos modales (D. José Hurtado), despachaba algunos telegramas, un joven de tan alta estatura como enjuto de carnes, de rostro sonriente y mirada expresiva, que hablaba con dicción peculiar, deteniéndose un poco en cada frase, sentado á los pies de la cama del diestro en un plegar de sus piernas larguísimas, departía amablemente y en tono de amistad franca con todos los visitantes, y las más de las veces otro señor, de rojo rostro y cuerpo fuerte, permanecía sentado en un rincón horas y horas, oyendo hablar á «Machaquito» y oyendo discutir á sus amigos, con sin igual bondad y contento.

Los dos eran (y uno de ellos sigue siéndolo hoy) los íntimos del diestro. D. Clemente Peláez, el propietario madrileño, y D. Félix Chavarri, el opulento minero bilbaíno. Con los dos tenía «Machaquito» una amistad leal; con Clemente sobre todo, por ser iguales los años y los caracteres, un cariño de hermano.

A Peláez le conoció el último año de novillero.

Su hermano, D. José Peláez, diputado provincial por aquel tiempo, llevó al diestro á su casa la víspera de una corrida de Beneficencia en que debía matar el cordobés los dos novillos de rejones.

Desde entonces, Clemente y él hicieron juntos casi toda su campaña torera; desde entonces se cambiaron sus secretos y recorrieron juntos sus alegrías y pesares.

Independiente, rico, muy aficionado á toros, y buen amigo, el señorito acompañó al torero en su pasar por plazas provincianas. Hubo una época en que no se podía concebir Clemente sin Rafael, y viceversa.

— ¡Los dos amigos de «La Diva»!—que decía Andrés Fernández.

Chavarri le fué presentado á «Machaquito» en Santander, la víspera de una corrida, en la que le brindó un toro, en recuerdo de cuyo brindis el generoso millonario hizo grabar en plata la placa repujada que en el despacho del torero vimos.

A partir de esta fecha, «Machaco» cruzó en el yate de su opulento amigo muchas veces los mares, y pasó temporadas espléndidas en Garrucha y en otras fincas de D. Félix.

Soltero, libre, apagado en afectos, cansado de apalear la vida con su oro, este hombre de gran bondad tuvo en «Machaco» uno de sus amigos más leales.

Cuando murió en sus brazos, en un tren, cerca de Lorca, traía á Madrid la idea de mostrar al torero su corazón de amigo verdadero, dejándole en

herencia una pequeña parte de su fortuna enorme.

Alguien le oyó decir, muy pocas tardes antes, según se aseguraba:

—En cuanto pueda, voy á hacer testamento, dejándole á Rafaelito un millón de pesetas, y otro tanto á Mataix

Santiago Mataix, el periodista ilustre, fundador del rotativo madrileño *El Mundo*, era el otro amigo íntimo del desprendido millonario.

A más de éstos, Rafael González tiene y conserva hoy gran número de amigos. Su carácter modesto, afable, si no muy expansivo, afectuoso, le han hecho simpático á los públicos desde el primer momento. Anti-machaquistas habrá habido muchos aficionados; pero enemigos de «Machaco», en la calle, en la vida privada, gente que saboreara, y se gozara en sus desgracias, estoy por afirmar que no ha habido ninguno.

«Machaquito», por otra parte, ha sido en el trato particular, hoy en que los toreros tienen mucho de *sportsman*, uno de los que han conservado más los rasgos de aquel torero que fué. De gran talento natural, sin que hablase jamás de lo que no entendía, ni hiciese alardes de una instrucción superficial, ha sido «Machaquito», en general, el torero, de los intelectuales, aficionados á la española fiesta.

¡El cerebro admirador del músculo!

Entre nuestros escritores de más fama ha habido machaquistas furibundos. Cristóbal de Castro, Gramontagne, Luis Bello, Luis de Tapia, López

Pinillos (*Parmeno*), han dedicado á Rafael sus más brillantes crónicas.

Una noche, en San Sebastián, en el año de 1910 y en el mes de Agosto, salieron en el sudexpreso, para Madrid, de donde tenían que ir á Málaga, á torear al día siguiente, las tres cuadrillas de «Bombita», «Gallito» y «Machaquito», que habían toreado aquella tarde allí.

A despedir á Rafael bajamos algunos de sus amigos íntimos. En la estación, esperando la hora de salida, hice yo observar á un amigo nuestras tres clases del toreo.

—Ahí los tienes: la aristocracia, la clase media y el pueblo.

En un extremo del andén, Ricardo Torres «Bombita», llevando con toda distinción un elegante *smokin*, hablaba correctísimo con otros cuatro *smokins* aristócratas.

En otro lado, Rafael González «Machaquito», ajustada su chaquetita larga, bien anudada, bajo su cuello semialto una corbata de lunares, tocado con un sombrero negro de alas anchas, conversaba con Gramontagne, con Peláez, con Viérgol, con Cuartero, todos vistiendo la modestita americana y el sombrerito frégoli; y más allá, apoyado sobre el soporte de un farol, en postura flamenca, con su camisa de chorreras y la gorrilla echada sobre los tufos macarenos, departía «Gallito» con tres ó cuatro mozos de estación, que le miraban extasiados.

— Algo atinada es tu observación, — me respon-

dió mi amigo,—sólo que «Machaquito» es de la aristocracia de las letras.

Hoy, en que los nombres de Galdós, de Benlliure, de Romero de Torres, de Soriano, de Domingo, de Marín, de Tapia, honran el libro de su historia, llega á mí el recuerdo de la acertada respuesta:

¡Los amigos de «Machaco»! ¿Bastaría un libro de este volumen para hacer un completo escalafón?

CAPÍTULO XIV

El Club Guerrita y la carta de D. Luis.

Atardece. El claro sol de Andalucía pone tintas de fuego en los contornos de la sierra. En la ciudad, los rayos últimos dan su beso de oro en los *copazos* de Montilla, que en las aceras de los colmados trasiegan los mozos jaraneros. Córdoba la sultana se va envolviendo en sombras y de sus casas blancas salen por ajimeces destellos de luz artificial.

Bajo amplio ventanal del Club «Guerrita», «Machaco» y yo vemos pasar la gente que del *pazeillo* de la sierra regresa á la ciudad: mocitas pintureras, hombretones garbosos... soldados remontistas, á quienes la majeza andaluza vistió clásicamente con el amplio chambergo á la flamenca, con los botines jerezanos, con la calzona típica, el uniforme más español, ¡el más castizo!

¡El Club «Guerrita»!... ¿No conoces, lector, el Club «Guerrita»? Pues es digno de que se grabe en tu recuerdo y que figure en esta historia de un diestro cordobés.

Lo más típico de él es su salón de *conferencias* (todas ellas á cargo de «Guerrita»).

En el testero principal, una panoplia bien repleta pone museo taurino de joyas del toreo; una montera de «Paquiro»; una muleta, la célebre muleta de «Espartero», que fué bandera en el combate en que cayó sin vida en nuestro ruedo; una garrocha que hizo *immortal* «Zurito», en un puyazo portentoso; un par de banderillas del primero de los califas cordobeses, el magno Rafael, en tarde memorable, y sobre todo, la última zapatilla que calzó el califa segundo (q. D. g.), Guerra el *Magnífico*, sandalia santa que acuden á besar los peregrinos del actual toreo, que nacieron en fe de Rafael.

A un lado y otro, dos cabezas de toro, célebres en los anales del toreo, nos miran con sus ojos de vidrio, como en afirmación de que murieron cual en plancha de plata deja grabada la leyenda; dos volapiés inmensos de dos toreros cordobeses: el uno, «Conejito»; el otro, el personaje augusto que da nombre á aquel Centro.

Y unos divanes, junto á los lienzos de pared, y dos mesas camillas, cómodas y enormes, en el centro, y un artístico friso, en que, en molduras de maderas, cabecitas de toros y de caballos se entrelazan, y, por último, un techo en el que en un

jirón del cielo azul, dos caras primorosas de dos hembras gitanas nos miran sonrientes.

¡Club «Guerrita»! ¡La Mezquita taurina cordobesa...!

Aquella tarde están en él, distribuidos en sillas y sillones, la plana mayor de los toreros de la tierra. «Conejito», «Corchao», «Zurito», «Patatero», «Manolete», «Bebe chico», Antonio Guerra...

En la calle, un chaval pasa cantando:

El «Machaquito»
es un torero;
sale á la plaza,
no tiene miedo...

El pasodoble del torero. La copla callejera arbitraria, de metro libre, que alza su nombre antes obscuro, á la fama y á la leyenda de héroe, que hace romance el pueblo... «Machaco» se deja arrastrar por los recuerdos...

— ¡Ahí *ties*—me dice—lo que más me agradó cuando empecé á subir: que me sacaran coplas. Era la admiración de los míos, de los de abajo, la que me consagraba. Cuando escuché ese pasodoble, sonó dentro de mí con mucha más alegría que toas las demás músicas que me habían hecho bailar cuando chicuelo... ¡Cuando chicuelo! Mira: cuando yo empresipié á jugá ar toro, con los chavesas, en el barrio de la Mersé, yo no tenía más que un deseo constante: ¡ser Mazzantini! Ni «Guerra», ni «Lagartijo», ni ningún otro torero de los gran-

des, llamaban mi atención: yo había oído desí que don Luí mataba los toros de una zola estocá superiormente, y en cuanti que cogía la muleta y la espá, ya estaba queriendo hasé lo mismo. Nos poníamos á jugá:

— ¿Tú quién vas asé?

— Yo er «Guerra».

— ¿Y tú?

— Yo er «Espartero».

— Pos yo don Luí Mazzantini.

Y toos los días iguá. Don Luí Mazzantini era mi aspiración, y don Luí quería sé, y don Luí era, y de don Luí presumía, too er tiempo que toreaba al de la cornamenta. ¡Er día en que yo pudiera ser iguá! Er día que por primera ve arterné yo con ér, sentí una gran emoción. Allí, junto á mí, como quien dise siendo los dos iguales, caminaba aquel hombre, lo mismo que muchas noches había yo soñao caminar...

No fué «Machaco» un matador de igual estilo que el rey del volapié: le faltó talla para ello; pero su nombre de matador valiente casi le igualó; su nombre de matador emocional le llegó á superar. Fué el matador de toros de su época. «Lagartijo»-«Frascuelo», «Guerrita»-Mazzantini, «Bombita»-«Machaquito». ¡Las parejas toreras!

Un día de feria, en la ciudad de la Giralda, ya retirado don Luis, almorzando él y yo, en esa venta de Eritaña, que entre naranjos, limoneros, palios de rosales, rasgueos de guitarra y brindis con Manzanilla, hace huerto de amor en los recreos

sevillanos, le referí esta anécdota, que el afamado matador desconocía.

Momentos antes, en el real de la feria, en la puerta de la linda caseta que la Remonta militar había allí levantado, conversando en un corro, en el que, con el entusiasta y culto general don Francisco Jaquetot, á quien la cría caballar de nuestro suelo debe gran parte de su impulso actual, se hallaban los ganaderos Miura, marqués de Saltillo, Guerrero y Anastasio Martín, éste le había dicho á Mazzantini:

— ¡Desde que usted se fué, se ven matar muy pocos toros!

Don Luis, al oír mi relato, respondió:

— Me agrada mucho eso que usted me dice, porque «Machaco», hoy por hoy, es el primer *matador* que hace honor á esta especialidad que yo he tenido.

Hoy, al cerrar el libro de «Machaco», recordé yo estos hechos. Nadie mejor que Mazzantini para juzgar á un matador. Nadie con más autoridad que él para poder expresar una opinión sobre este punto. Le escribí. ¿Tiene usted la bondad de enviarme unas cuartillas dándome su opinión autorizada sobre «Machaco» matador?

Cortés y atento, como siempre, me envió esta respuesta, que publico.

¡Quién le iba á decir á «Machaquito» que aquel Mazzantini que en sus sueños de chico quiso él igualar, iba á juzgarle luego!

La carta dice así:

Sr. D. Fernando Gillis.

Querido amigo: Me pide usted para el libro «Machaquito», unos renglones que reflejen mi opinión sobre su Arte.

Ese torero es el que hoy da más que ninguno otro la nota de emoción, que considero indispensable en la suprema fiesta del valor.

He recordado en muchos toros muertos por éste querido compañero de mejores tiempos míos, los arrestos y *la hechura* del inmenso «Frascuero».

Le estrecha la mano su afectísimo,

LUIS MAZZANTINI.

Septiembre de 1912.

DESCABELLO

Aquí acaba (hasta ahora, año 1912) la historia de un torero valiente, contada por un periodista amigo suyo, que puso sobre su amistad el empeño de ser sincero é imparcial.

El periodista, si de algo puede envanecerse, es de haber ofrecido en este libro, cuyas páginas no conoce el torero, un ramillete preciadísimo, en el que para honor de la fiesta en la que «Machaquito» es actor muy principal, están entrelazados los nombres más ilustres de nuestras letras y artes patrios.

Pérez Galdós, Benlliure, Ricardo Marín, Rodrigo Soriano, Roberto Domingo, Romero de Torres, Mazzantini y Luis de Tapia, llevan á la gratitud del biografiado y del biógrafo otro recuerdo más.

Sin méritos siquiera para dar la puntilla en este libro, el periodista llamó al poeta en su socorro. Luis de Tapia acudió generoso, y he aquí cómo cierra la historia del torero valiente:

La corrida acabó .. La plebe honrada
desierto deja el amplio graderío,
y en la quietud del circo, ya vacío,
aun suena el eco de la lid pasada...

«Machaquito», en la cruz, dió una estocada
cual él las dá, tras breve desafío...
Aun flota el entusiasta vocerío
en la paz de la plaza abandonada...

El libro acaba aquí... De igual manera
pasada de sus páginas la fiera
lucha, la paz al alma viene en él...

Y flotando, después de la lectura,
un eco queda que triunfal murmura:
«¡Córdoba, madre...!» «¡Invicto Rafael...!»

LUIS DE TAPIA.

.....
Un buen día de sol, sobre la arena de una plaza
en fiesta, el torero, á ruego del periodista, procura-
rá pagar en algo la deuda contraída.

Y frente á un toro pujante y bravo, en desafío
gallardo, ofrendara su muerte á los ilustres hom-

bres que le hicieron para su libro tal merced, diciendo:

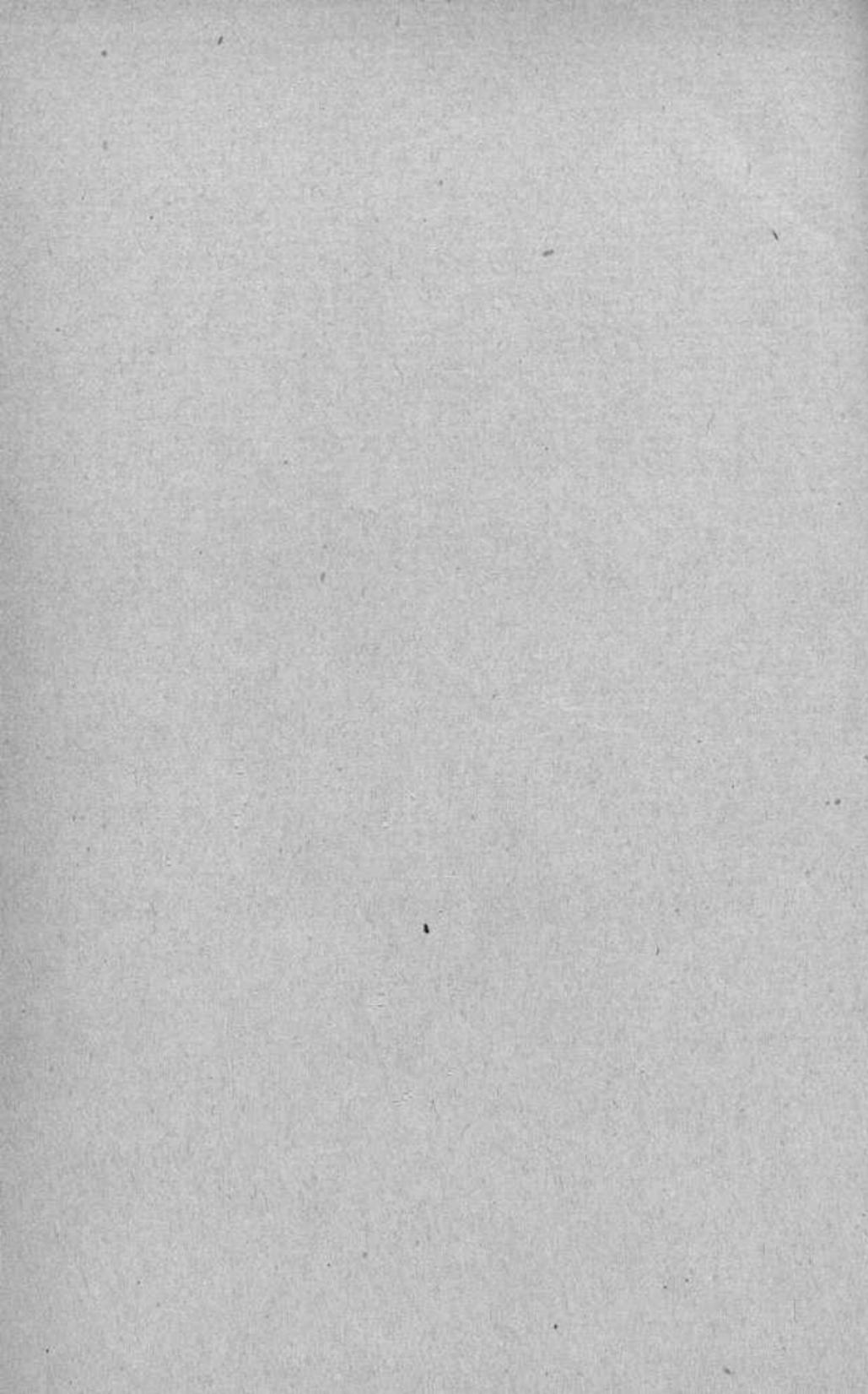
«Señores, vaya porque Dios guarde tantos años la vida de aquellos que con sus firmas enaltesieron el libro de mi historia, como parmas voy á recibir ahora yo.»

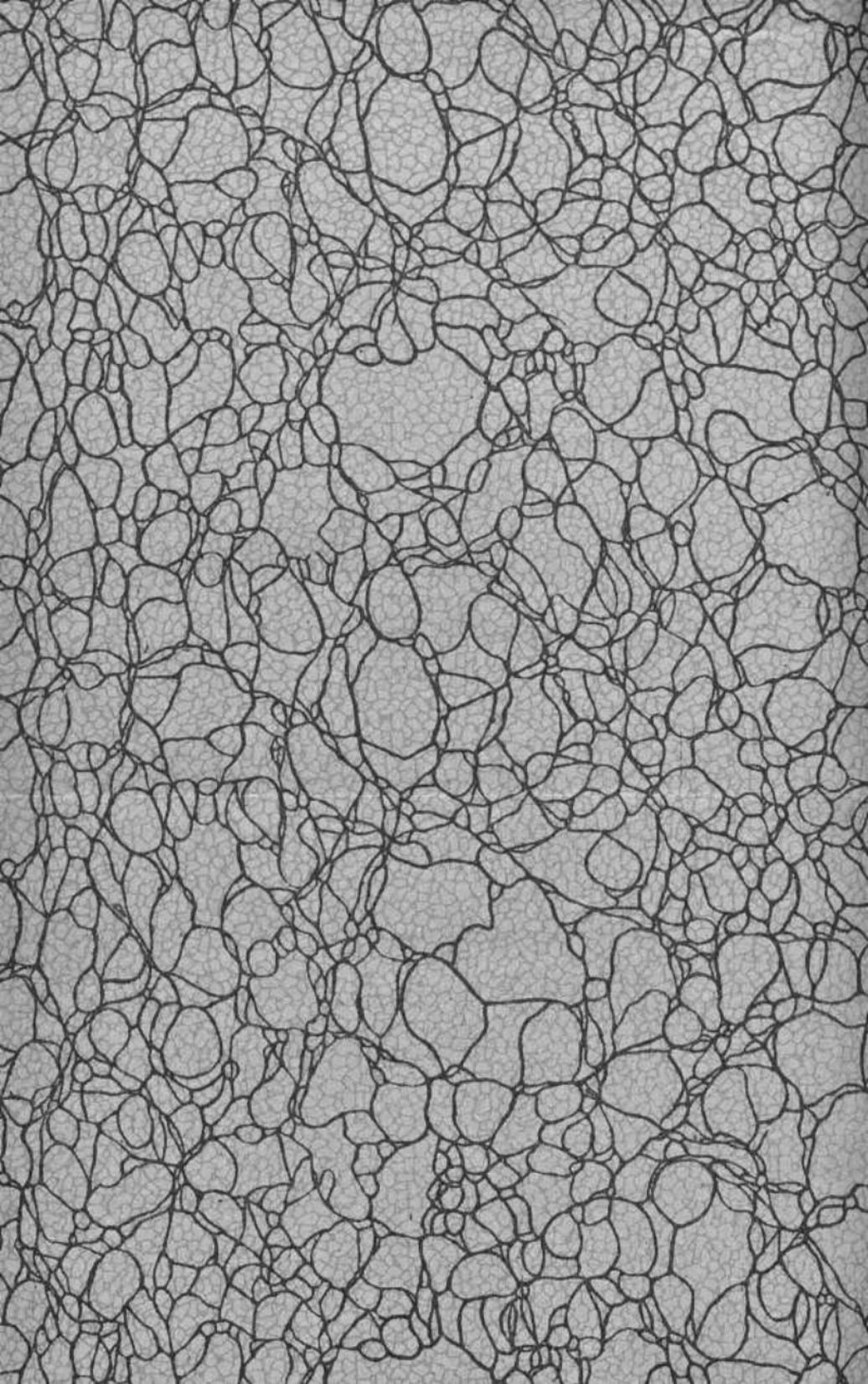
Y matará al toro poderoso, de una estocada de las suyas...

.....

Madrid-Septiembre-1912.







MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

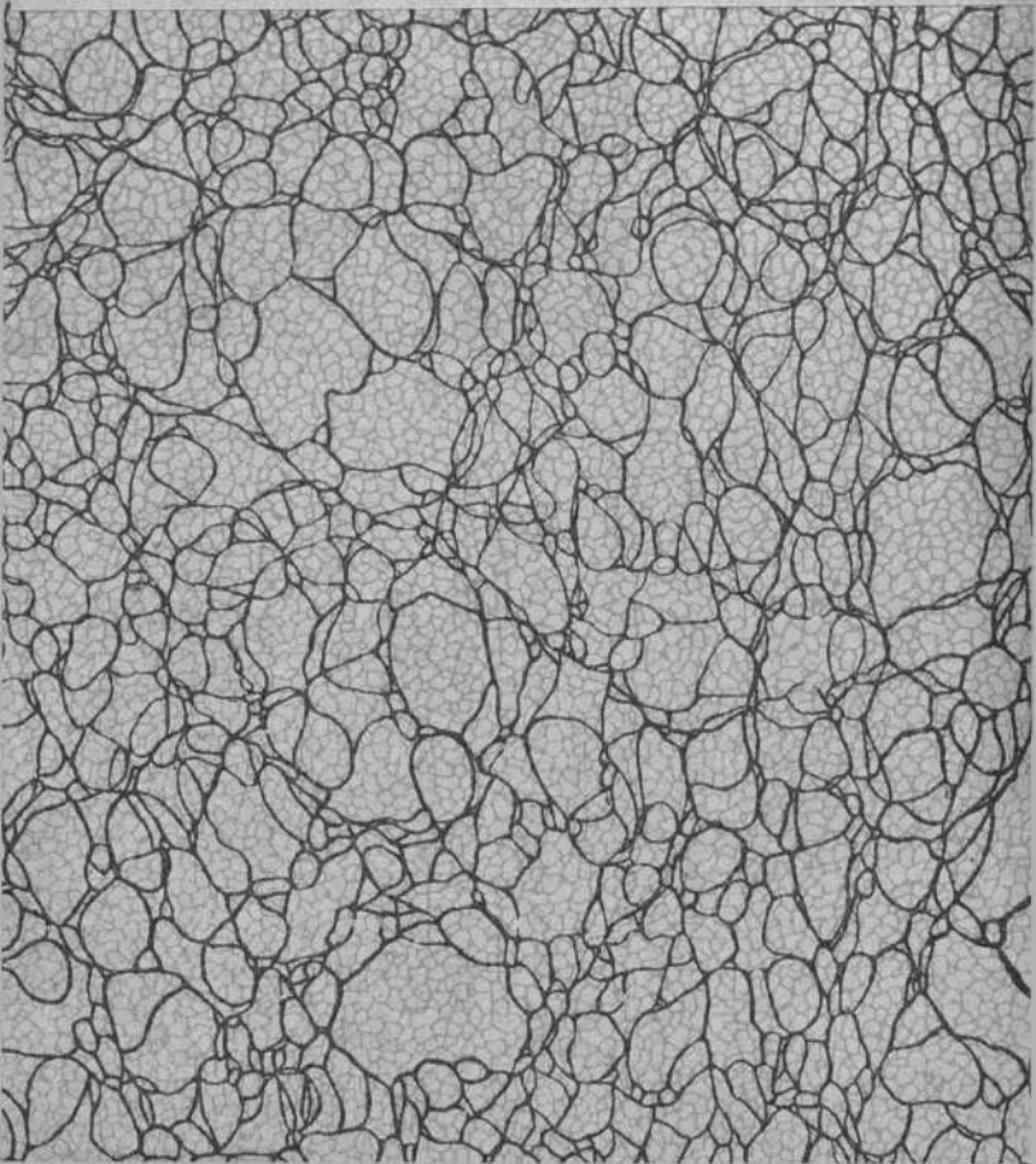
Pesetas.

Número 279 Precio de la obra..... ..

Estante... 1 Precio de adquisición

Tabla 6 Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..





279.

CLARIDADES

EL TORERO
DE LA EMOCIÓN
MACHAQUITO

